

Víctor Castro

Encuentro con Gustavo Adolfo Becquer



CUANDO el aire se hace más tibio. Cuando las avenidas cogen ese oro crujiente de las hojas. Cuando el recuerdo de los patios reverentes y antiguos cobra en nosotros ese inolvidable sabor de Liceo, aun muy cercano y muy querido. Cuando para sostenerse en esa tibia luz se precisan unos cortos intervalos de silencio, sentimos una suave y poderosa necesidad de recogernos, un impulso que se ha filtrado en nuestras venas con la llegada transparente de una nueva estación. Un deseo de quietud que va más allá de toda relación de constancia.

Entonces, como el refugio más tenaz, como el calor más íntimo, surge nuestro viejo estante de libros. Allí, con esa espesa constancia del polvo, con ese olor persistente del eco infinito, nos brinda esa inquietud de hurguetear en el pasado. Con las manos nerviosas como para tomar un pájaro. Con las manos en lenguaje como para coger otras voces, vamos acercándonos al maravilloso lugar de lo quimérico, pero latente; de lo histórico, pero en justísima unión con lo futuro.

Y nada más benéfico que esto. Nada más halagador que esta circunstancia en donde todo no se limita, en donde el verbo transpone su orgulloso significado y toma su nuevo y recto contorno de equivalencia.

Allí, en esa actitud de purísima sorpresa, en ese ahogo de amable resonancia es donde encontramos a Gustavo Adolfo Becquer. Y entonces ningún lugar es más propicio para encontrar a un poeta.

Está vertido también en un pequeño y viejo volumen de tapas azules, sobre las cuales—y aprovechando su fragilidad—el tiempo ha vaciado ese color amarillo de tanta comprensión. Data de 1905. Y en esa vieja gramática donde nuestros padres dejaron sus libres recuerdos, en esa ortografía de sabor más romántico, más de otros climas.

Y vamos abiendo esas hojas olorosas a jardines de señoriales mansiones. Poco o poco. Rebalsando la copa a nuestra consciente voluntad.

Y para lograr un mayor encanto, preferimos no saber nada de Gustavo Adolfo Becquer. Nada. Absolutamente nada que nos venga a perturbar su poesía. Sólo que es un poeta. Solamente eso. Y a medida que nuestra aventura avanza por esas páginas, a medida que nuestro ambiente surge en medio de ese torrente que es amor y sufrimiento, nuestras manos dan vueltas a una y otra hoja sin agotarnos jamás de ese dulce y variado resabio melancólico:

«Mientras sentimos que se alegra el alma,
Sin que los labios rían;
Mientras se llore, sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;

Mientras el corazón y la cabeza
Batallando prosigan;
Mientras haya esperanzas y recuerdos,
Habrá poesía...

Y he aquí que el poeta aparece con el corazón tan maravillado que ya no está en su sitio. En cierto modo es la continuación del eterno vaivén de los siglos, el nutrido diccionario de fiestas amables y rigurosamente epistolares. Sin embargo, dichas por Becquer estas mismas palabras se traicionan tan ardientemente que llegan a constituir la poderosa razón del poema:

Si se turba medroso en la alta noche
Tu corazón,
Al sentir en tus labios un aliento
Abrasador,
Sabe que, aunque invisible, al lado tuyo,
Respiro yo...»

Imperioso modo éste de traicionar las palabras con tanto vuelo sagrado. Inexplicable solución ésta de darle a las cosas la más extremada labranza. Porque de encauzar estos mismos hechos por un camino muy acos-

tumbrado de exclamar solamente con los mismos signos, ¡cuánta extrañeza tumultuosa, cuánta propagación de abismos en deshielo! . . . :

Pero no se puede—ni por un momento siquiera—pensar así teniendo en las manos estas «Rimas» incomparables. Si se dijera buscar un precipicio; si por ventura nos obligasen a saber del martirio, de un prolongado sufrimiento, allá iríamos sin más razón que esta poderosa corriente de luz o fuego:

«Te quiero tanto aún, dejó en mi pecho.
Tu amor huellas tan hondas,
Que sólo con que tú borrases una,
Las borraba yo todas . . . »

Y ya la medida no sirve. Ya Becquer suele caminar entre nosotros mismos. Sus pasos se reproducen en todos los continentes del corazón. Es que entonces la geografía diversa de los sentimientos no tienen razón de ser; y tampoco tienen razón de ser esa flora y esa fauna adherida a la espuma de los diversos rumbos equívocos. Ya es una sola corriente la que escucha:

Volverán las obscuras golondrinas
En tu balcón sus nidos a colgar,
Y, otra vez, con el ala a sus cristales
Jugando llamarán . . . »

.....

Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes a sonar;
Tu corazón de su profundo sueño
Tal vez despertará...»

Es como si la eternidad hubiese buscado transportarse a la tierra. Como si los ojos del poeta rompieran toda la precisión acordada desde siempre. Como si no se pudiera edificar sino con la arena del eco. Así es como han venido los versos de Becquer a través de los calendarios inmensos.

Será verdad que, cuando toca el sueño
Con su dedos de rosa nuestros ojos,
De la cárcel que habita huye el espíritu
En vuelo presuroso...

Para toda intención Becquer tiene su advertencia. Para todo lujo, también su elegancia. Para toda parodia circense, su rápido fustigazo. Porque—lejos de la ambición—concibe los más diversos mundos. Ama, y lo terrible es el sufrimiento. Sufre, y lo desastroso es el límite. Y ante esta fiebre innata, ante esta merced increada, va hasta el silencioso refugio de la muerte:

«Cerraron sus ojos
Que aun tenía abiertos;
Taparon su cara
Con un blanco lienzo;

Y unos sollozando
Y otros en silencio
De la triste alcoba
Todos se salieron . . .

.....
En las largas noches
del helado invierno,
Cuando las maderas
Crujir hace el viento
Y azota los vidrios
El fuerte aguacero,
De la pobre niña
A solas me acuerdo . . .

El poeta siente la inclinación como un poderoso imán. Así como el ímpetu que empuja a la sabiduría única. Es todo una suerte de expresión y fiebre. El siglo 19 le vió pasar con la amplia frente pensativa, con los ojos claros al mirar, con la cabellera rizada y los labios limitando lo femenino. Pero de esto no es sino una simple verdad. Porque en sus ojos había ese fuego de raíz inconfundible, esa intensidad de vivo resplandor. Y sus espesas cejas sombreándole la prolongación de su alma.

Pero ya hurgamos los últimos trechos del viejo libro. Manan de las inscripciones, de los bordes carcomidos, de las marcas curiosas hechas quién sabe por qué abuelo nuestro, unas pequeñas nubes con sabor a tristeza. Flotan a nuestro lado. Ahogarían nuestros

propios ojos si no es por el delgado vientecillo que sopla y se estrella contra los árboles. Es, sin duda, una estación. Tal vez la más agradable, la más inolvidable de todas. Gustavo Adolfo Becquer renueva en nosotros la delicada tarea de sentir más. De trasnochar a costa de sus poemas. De quedarse en vigilia sólo por su húmedo y triste cristal. Se pueden rebalsar nuestros ojos. Y así, nuestro llanto nos alcanza, nos transporta, nos dignifica. Es como una tradición benigna y noble.

Nuestro tibio refugio está allí. Los demás libros esperan. Quietos, alineados, llenos de alas, de vida rebalsada, de fecunda existencia. Mañana estarán, como hoy, brindando esa misma savia a quién sabe qué personaje que los visite. Y Gustavo Adolfo Becquer estará allí mismo, con esa memoria solemne, con ese delirio trémulo, con esa trémula transparencia, con esa tristeza de olvidado silencio. Y entonces, adiós al poeta. Adiós en el corazón. Adiós en esa persecución de siempre. Y para siempre.